

Recensions

Jeremy RIFKIN

The End of Work.

The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era.
Nueva York: Putnam Book, 1996. 350 p.

Este libro lleva el debate sobre el empleo más allá de los límites tradicionales. Se centra, fundamentalmente, en la sociedad estadounidense. Pero su aportación pretende abarcar el conjunto del planeta. De hecho, quiere adelantarse a las consecuencias finales de lo que califica como *revolución planetaria*, en la que ya estamos involucrados: la tercera revolución industrial.

El propio título es un anticipo de la tesis fundamental: *El final del trabajo. El declive de la fuerza mundial del trabajo y el amanecer de la era del postmercado*. A lo largo de las cinco partes en las que está dividido el texto, se desarrolla una reflexión teórica sugerente y provocadora. Está cargada de un tono profético que en algunos momentos resulta excesivo, demasiado norteamericano. Pero, a pesar de ello, no deja de ser un texto que conjuga con mucha habilidad los tres tiempos de la historia: pasado, presente y futuro.

Comienza afirmando: «El desempleo global ha alcanzado el nivel más alto desde la gran depresión de los años treinta. Más de 800 millones de seres humanos están ahora desempleados o subempleados en

el mundo». Utiliza los datos para remarcar el rostro más duro de la realidad. Forma parte del estilo del libro. Se recrea en las cifras para centrar la atención del lector, de ese modo sus conclusiones parecen obvias. Utiliza el peso de la realidad con el que impone una lógica construida desde el principio hasta el fin del libro con gran habilidad.

La primera parte aborda los «Dos rostros de la tecnología». Se remonta a los primeros momentos de la revolución industrial para reconstruir la evolución tecnológica del último siglo y medio. Así, insiste en la paradoja que ahora estamos experimentando: la tecnología como salvación y como competidora. Por un lado, retoma las referencias de finales del siglo XIX y principios del XX sobre el paraíso tecnológico con el cual se soñaba la emancipación de los seres humanos. Por otro, ese sueño nos está llevando a una situación de exclusión en la que la libertad y las utopías todavía quedan lejos. Las visiones del tecnoparaiso unidas a la reflexión económica desvelan que la situación actual no es una casualidad. Las realidades del mercado dibujan una profunda diferencia entre ambos polos.

La segunda parte es un recorrido guiado por «La tercera revolución industrial». Para ello, se remonta a los primeros peñaños del proceso y comienza insistiendo en: «la transición a una sociedad de la información sin casi-trabajadores es el tercer y final estadio de un gran cambio en los paradigmas económicos marcado por la transición desde fuentes de energía renovables a no-renovables y desde fuentes de trabajo biológicas a mecánicas» (p. 59). Rifkin tiene claro que hemos cruzado la frontera de la *High-Tech*. El ejemplo con el cual muestra los efectos de esta incursión en el nuevo modo de estar en el mundo es la experiencia de los afro-americanos. La población negra de los EEUU ha sufrido las consecuencias de la primera tecnificación de las labores agrícolas, la expansión de las grandes cadenas de producción en masa y la reducción drástica del empleo por el cambio de ese modelo de producción. Tras esto, considera el debate sobre la automatización de las tareas productivas como uno de los puntos importantes de estos cambios. Es un debate que arranca ya en los años sesenta. Entonces, como ahora se ve claramente, se veía que «la tecnología elimina empleos, no trabajo» (p. 83). La superación del fordismo corrobora la afirmación anterior. Las paradojas de la producción y el modelo japonés de gestión de empresas acercan, como señala Rifkin, «a gran velocidad» un mundo sin trabajadores.

La tercera parte se centra en «El declive de la fuerza global de trabajo». Ese mundo que viene a toda velocidad anticipa ya imágenes soñadas, algunas imposibles hace unas décadas. Utiliza los datos de empresas que ya dan muestras evidentes de esta nueva etapa. Las granjas y los cultivos, sin granjeros y sin agricultores, son el primer ejemplo. La tecnología incide especialmente en la agricultura. Es el espacio en el que la evolución tecnológica ha provocado las transformaciones más importantes de este siglo, tanto en la producción en sí como en las estructuras

sociales asociadas. Continúa con los efectos del proceso de reingeniería —*reengineering*— en las cadenas de producción en masa que provoca la ansiedad y el complejo de los *blue-collar*. Lo cual no es para menos como dice el autor: «Hoy millones de hombres y mujeres trabajadoras alrededor del mundo se encuentran a sí mismos atrapados entre la evolución económica y la creciente marginalización debida a la introducción de nuevas tecnologías que ahorran trabajo» (p. 140). Incluso el sector servicios, que en los últimos cuarenta años ha absorbido las pérdidas de empleo en las industrias manufactureras, comienza a dar muestras de los efectos provocadas por la tecnología. La profecía de Rifkin es tajante: el sector servicios, como los demás, no generará empleo suficiente.

La cuarta parte es un escalón más de la lógica del texto, es una valoración provocativa del «Precio del progreso». Los avances tecnológicos crean ganadores y perdedores. Los teóricos de la economía y de los negocios postulan que dará lugar al *trickle-down effect* que por sí mismo corregirá las disonancias. Pero lo cierto es que sus consecuencias teóricas no llegan a la media de los trabajadores que sufren el desplazamiento por la inclusión de nuevas tecnologías. La clase media es la que se acerca al ocaso. La escisión entre clases sociales se incrementa: «Los ricos llegaron a ser superricos en los ochenta a expensas del resto de los trabajadores norteamericanos, los cuales vieron cortar sus salarios, reducir sus beneficios y eliminar sus empleos» (pp. 173-174). Hay «otra América» en la que aumentan los nómadas, los pobres que viven en la miseria y la depauperación galopante de un número cada vez mayor de población. Rifkin entona un «réquiem por la clase trabajadora» un réquiem que culmina con el pronóstico de una muerte lenta bien argumentada, aunque demasiado apocalíptica. Y esto es algo que extiende al resto del planeta. Según él, es «el destino de las nacio-

nes», que alcanza desde Europa a todos los países de Asia, América y África. El mundo se está haciendo más peligroso.

La quinta parte tiene un tono distinto. No se centra en los datos orientados al abismo sino al contrario, es "El amanecer de la era del postmercado". El apocalipsis anterior se convierte en profecía esperanzadora. Todo en un tono demasiado norteamericano y, a pesar de ello, provocador e inteligente. Es la parte del libro dedicada a las propuestas. Comienza por replantear la semana de trabajo. La valoración del trabajo pasa a cobrar una dimensión totalmente nueva con los cambios introducidos por la tecnología. Rifkin propone un nuevo contrato social. Es la única forma de conseguir anticiparse a las crisis que provoca la creciente escisión social. Por ello, considera que hay que fortalecer el tercer sector. La economía social se está globalizando. Esto significa que se ha de recuperar en la sociedad futura el papel creciente de las organizaciones sin ánimo de lucro y de todas las organizaciones vinculadas al sector social. En este apartado queda manifiesto cual es el obje-

tivo de la obra. Juega con apuestas basadas en la fe y en la esperanza. Tiene un tono cuasi religioso y clarividente. Pero no por ello deja de apuntar a la médula de los problemas del empleo, de la distribución de la riqueza y del rol de la tecnología. Rifkin reafirma que al eje gobierno-mercado se tiene que sumar un tercer polo: el social. Uno crea el capital público, otro el capital de mercado y éste último el capital social. El libro culmina con un epílogo teológico que apuesta por la fe en el compartir el valor del servicio a la comunidad, algo que según el autor ha estado presente en el espíritu norteamericano desde sus orígenes más remotos. Aunque no lo nombre, aquellos inicios en los que las poblaciones indígenas de América del Norte fueron borradas de la faz del continente.

A pesar de las críticas que se le puedan hacer al texto de Rifkin, hay que leerlo. Es un punto de arranque para debatir el futuro que nos espera porque como él mismo señala «el futuro está en nuestras manos».

Chaime Marcuello